

industria muerta, y una agricultura agonizante; la ignominia dentro y el descrédito fuera; un grito de horror ahogándose entre olas de sangre en la bahía de Manila, y un grito de hambre repercutiendo fatídicamente por todos los ámbitos de España.

Situación horrible, que no impedirá que España entera combata hasta derramar la última gota de su sangre por la honra patria; pero que examinada, analizada, disecada con seriedad y expuesta con franqueza, trae á la memoria una frase de la Escritura, que prescindiendo de tiempos y creencias, parece hecha exprofeso para los momentos actuales:

«Un viento abrasado, que venía de lo alto, sopló sobre la tierra.»



## LA CORONA DE ZORRILLA.

No es para tanto. Que la corona de oro regalada al trovador de España esté en una casa de préstamo, ni es para verter *lágrimas de sangre*, ni para indignarse, ni para desmenuarla por suscripción pública.

¿Qué importa que la corona ande de *Ceca en Meca*? ¿Va á empequeñecerse la gloria de Zorrilla porque esa corona pase de manos de un usurero á las de alguien que la transforme en *pasta mineral catalana* que dicen los clásicos de las Peñuelas?... Ningún empleo mejor pudo darle Zorrilla que utilizarla en atender apremios de la existencia ó

en darse un gusto, si sólo por darse un gusto la empeñó. Por algo es de oro la corona; porque es de oro la tomó el prestamista y la empeñó el poeta. ¿No se vende la gloria hecha líneas para vivir? Pues lógico es que se empeñe la gloria hecha metal, para comer, para divertirse ó para lo que al glorificado se le antoje. Si las coronas no sirvieran para eso ¿para qué servirían?

Es más, yo creo que los que regalan coronas de metales preciosos, lo hacen con tal idea, con la idea de que el agasajado la traduzca cuando lo desee en dinero. Feliz previsión, sin la cual, tendrían los *gloriosos* que comerse las ediciones de sus libros á falta de otros manjares más digeribles.

¡Ah, las coronas!... Yo tuve una de plata, con botoncitos de oro y dos cintas de vara y media en las que se me llamaba eminente (creo que era eminente), y tuve una casa y un casero y no tuve dinero para satisfacer el recibo... Lo traía el casero en persona... Entramos juntos en mi despacho. No tengo di-

nero—le dije.—Pues si no me paga usted, le pongo los trastos en la calle—respondió el propietario del inmueble.—¡Hombre, espere usted unos días!—le interrumpí yo.—Hombre, no espero, me interrumpió él.—¡Pero si no tengo!... ¡Si hubiera algo de que echar mano!...—¿Y esa coronita?—repuso el hombre del recibo.—Me parece que bien le darán á usted por ella los doce duros que vale el alquiler del cuarto. Empeñela usted. Bien venidos los bienes que de apuros nos sacan!

¡Tiene razón!—pensé yo.—Y sin lágrimas en los ojos, sin cursilerías de ninguna especie, descolgué la corona y la llevé á una casa de préstamos. Las cintas me las devolvieron. El *eminente*, no valía un ochavo.

Granada en testimonio de entusiasmo por su inmortal cantor entregó á Zorrilla una corona de oro. ¿Que esa corona va á ponerse á la venta? ¿Que acaso y sin acaso dejará el oficio de corona por otro más común y de mejor salida en las tiendas de alhajas? ¿Y qué

se ha perdido con eso? Nada. Los granadinos seguirán admirando á Zorrilla y Zorrilla siendo un gran hombre. Aparte de que muerto él, la corona no tiene uso. ¿Se la iba á poner algún pariente del insigne cantor, para recibir las visitas?... ¡Pues entonces!... Que la venda el prestamista cuando le dé la gana. Lo que ha de vivir de Zorrilla, no se cotiza afortunadamente en las casas de préstamos. Su obra y su nombre; no precisan, para ser admirados, reverenciados y eternizados, de cintajos encomiásticos y de laureles pignorables.

No hay motivo para afligirse por la suerte de la corona; no lo hay tampoco para censurar al poeta como hacen algunos caballeros.

Aparte de que esto de las coronas anda de capa caída... Ni las de los reyes están seguras en estos tiempos... Unos las empeñan; otros las dejan y á otros se las hacen dejar á trastazos.

Sólo que un rey que empeña la corona es

un pillo; un rey que la deja un pobre hombre y un rey á quien se la quitan, un personaje para Alfonso Daudet. A esto se reduce un monarca cuando se queda sin el *artefacto*.

Los poetas, no. Para ser grandes y respetados, no les hace falta ostentar en la mesa de su despacho una corona de oro. Los poetas son grandes por sí mismos. No necesitan accidentes áureos para parecerlo.

Además que siempre les queda una corona que llevar.

La de espinas.

La envidia tiene fábrica permanente de ellas.

